

La Personalidad Filosófica de Julio Jurkowski

Palabras pronunciadas en el homenaje tributado por la
audición "La Voz de Polonia" al Prof. Julio Jurkowski.

NO se ha escrito aún la historia de una de las etapas más apasionantes en la evolución de la cultura nacional: la etapa configurada por la gran polémica filosófica a que dió lugar, a lo largo del último cuarto del siglo XIX, la introducción en el país de las doctrinas positivistas. El día en que sea escrita, tendrá en ella lugar preminente el nombre de Julio Jurkowski, el ilustre polaco que hizo del Uruguay su patria adoptiva, y de cuyo nacimiento "La Voz de Polonia" recuerda hoy un nuevo aniversario.

Perteneció Jurkowski a la legión, ya numerosa, de talentos europeos que en el siglo pasado como en el actual, han emigrado a América por causa de regimenes despóticos, dejando luego huella profunda en la vida intelectual de estos países. Estudiante en Varsovia, la participación activa en una insurrección armada contra la dominación zarista, lo obligó a refugiarse en Francia, donde prosiguió sus estudios en la Facultad de Medicina de Montpellier. Después de haber llegado a ser en ella preceptor de anatomía, se trasladó al Uruguay en 1867, ejerciendo aquí su profesión. Al crearse en 1876 las primeras cátedras de la Facultad de Medicina, conquistó por concurso la de anatomía para desempeñarla con brillo singular, según los testimonios, hasta 1884. Decano de la Facultad naciente, fué además en ese período Vice Rector de la Universidad.

Incumbe a otros apreciar la personalidad médica de Jurkowski. Es de su personalidad filosófica que nos vamos a ocupar aquí, no menos digna de recordación y, sin embargo, completamente desconocida por las generaciones actuales. Hombre de su tiempo, tan inquieto y revolucionario en el campo de las ideas como en el de la militancia cívica, fué uno de los puntales de la decisiva renovación intelectual que, en su hora, el positivismo cumplió en el país. Es a través de esta renovación, por lo tanto, que adquiere sentido y relieve su actuación filosófica entre nosotros.

Desde la instalación de la Universidad, en 1849, hasta el umbral del último cuarto del siglo, un invariable canon filosófico modeló la inteligencia nacional. Lo ofreció la doctrina vigente en la cátedra universitaria, que fué la escuela francesa del espiritualismo ecléctico, capitaneada por Victor Cousin. Su largo reinado, no obstante el señorio con que supo mantenerse Plácido Ellauri, llegó en cierto momento a estrechar seriamente el horizonte de nuestra vida universitaria. Se trataba de una doctrina llena en sí misma de limitaciones, ambigua y acomodaticia, que surgió en Francia a principios del siglo restaurando bajo un ropaje novedoso la vieja metafísica tradicional, para aplacar, con un designio conciliador, el oleaje revolucionario. Ciertamente es que en un período de profunda anarquía social y política cumplió en nuestro país una misión de cohesión intelectual, y aún, que dió bases humanistas a nuestra precaria cultura de entonces. Pero en declinación en la propia Francia desde 1848, con la caída del régimen orleanista del cual fué la filosofía oficial, cinco lustros más tarde resultaba ya entre nosotros notoriamente anacrónica.

En la década comprendida entre 1870 y 1880, nuevas ideas empezaron a llegar al país, conmoviendo hondamente los círculos universitarios. Eran las ideas de los primacés del positivismo, en particular de los evolucionistas Darwin y Spencer, que a esa hora triunfaban ruidosamente en Europa aureoladas por el prestigio cenital de las ciencias naturales. La clásica metafísica espiritualista era enérgicamente condenada, y una confianza sin límites se depositaba en el conocimiento experimental, que todo lo parecía penetrar y esclarecer. Al influjo de tales ideas que, si no siempre, en algunos casos derivaban con franqueza a lo que se llamó el materialismo científico, una intensa reacción contra el eclecticismo imperante se fué incubando en la Universidad monte-



del cientismo: el catedrático de anatomía Julio Jurkowski y el de botánica médica, José Arechavaleta. Vale la pena citar un testimonio valioso. El publicista Angel Floro Costa, pionero en el país de las ideas positivistas, les dedicaba a ambos en 1879 su trabajo "La metafísica y la ciencia", que tenía por objeto, según declaraba, "deslindar posiciones e indicar los verdaderos rumbos de las ciencias experimentales, en conflicto con la metafísica de nuestras viejas escuelas". Al dedicárselos, lo hacía con manifestaciones tan expresivas como éstas:

"Antes de volver al seno de mi patria ya conocía a ustedes de nombre. La fama no es injusta ni esquiva con sus elegidos. Mi acendrada afición a las ciencias naturales y por todos aquellos conocimientos positivos que están llamados a concluir algún día con nuestras discordias, abriendo la era de un porvenir de progreso, me habían hecho interrogar siempre con marcado interés a todos los compatriotas que llegaban a Buenos Aires respecto a los hombres de ciencia con que contaba el país y los nombres de ustedes figuraban siempre entre los primeros de la lista en que se me nombraban. Antes, pues, de conocerles personalmente me sentía ligado hacia ustedes por la doble simpatía que despierta la mancomunidad de culto por la ciencia, y la circunstancia de estarla ustedes difundiendo entre nosotros con un desinterés digno de verdaderos apóstoles".

Hacia 1880 el positivismo, al

Por ARTURO
ARDAO

FICHAS BIBLIOGRAFICAS

Rodolfo Wolf: *Mi calle se llamaba aldea...* (Montevideo, Editorial Ceibo, 1946. 95 páginas). Este volumen contiene nueve cuentos escritos por su autor a la temprana edad de veinte años —según declara en un Proemio.

Friedrich Hölderlin: *Hiperión o El eremita en Grecia* (Buenos Aires, Editorial Emecé, 1946. 233 páginas). Esta famosa novela epistolar (1797-99) ha sido considerada, "por sus fundamentos y su amplitud (más allá de su materia propia), por sus valores éticos y estéticos, como la obra revolucionaria más pura y profunda de los alemanes." El autor de este juicio, Paul Zech, ha escrito una rica **Nota preliminar** —donde analiza minuciosamente todos los elementos del libro— para esta versión que firman Alicia Molina y Vedia y Rodrigo Rudna. Es el número 47 de la Biblioteca Emecé de Obras Universales.

Juan P. Ramos: *Fragmentos de vida* (Buenos Aires, Editorial Emecé, 1946. 330 páginas). Bajo la forma epistolar este conocido escritor argentino da a conocer un conjunto de meditaciones, de reflexiones, de comentarios que abarca todos los campos de la actividad humana y que —a veces— no rehuye la nota autobiográfica. De un juicio sobre esta obra transcribimos este párrafo: "Nada de lo que Ramos relata, comenta o critica, ha pasado ante él, plena y simplemente; todo le ha pasado a él, en el sentido de que no ha dejado sólo una imagen o un recuerdo, sino un sello mucho más entrañable, signo de la íntima y secreta relación de cada episodio con su personal destino."

cabo de una corta oposición, destronó a la doctrina rival, alcanzando la dirección de la Universidad. Dos representantes suyos fueron ese año elegidos Rector y Vice Rector. Fueron ellos, respectivamente, Alfredo Vázquez Acevedo y Julio Jurkowski. Las nuevas autoridades propiciaron la revisión de los estudios filosóficos, encomendando el Rector en 1881 a los recién graduados doctores Eduardo Acevedo y Martín C. Martínez, destacados integrantes de la juventud positivista, la redacción de un nuevo programa de filosofía. Cumplieron éstos el encargo elaborando un programa de marcado sello spenceriano, en reemplazo del que regía tradicionalmente, basado en el manual ecléctico espiritualista de Geruzez. Su aprobación costó arduos debates dentro y fuera del Consejo Universitario. Atacados con energía, los autores debieron polemizar en la prensa diaria con su compañero de estudios, el brillante Prudencio Vázquez y Vega, que permanecía fiel, entre los jóvenes, a la escuela espiritualista.

Finalmente la influencia de Jurkowski se ejerció por intermedio de conferencias leídas en el Ateneo, recién fundado y escenario entonces de memorables veladas intelectuales. En su tribuna, espiritualistas y positivistas se alternaban en apasionada defensa de sus respectivas doctrinas. Mientras el nombrado Vázquez y Vega, profesor de filosofía de la institución, hacía la crítica del positivismo, le replicaban los representantes de éste, entre los cuales Jurkowski con especial autoridad. Los Anales del Ateneo correspondientes a 1881 reco-

gen dos de sus conferencias de entonces, trabajos que ilustran de una manera directa sobre la naturaleza de sus convicciones filosóficas.

El primero de ellos, titulado "La Metafísica y la ciencia" empieza diciendo: "Tantas veces se ha atacado desde esta tribuna la doctrina filosófica moderna, llamada impropia-mente **materialismo**, que se hace necesario examinar si realmente hay lugar para analizar la doctrina que en todos los centros científicos del mundo civilizado profesa una inmensa mayoría de filósofos y sabios modernos". Exalta luego el papel de la ciencia en el progreso humano, y con apoyo de Spencer, Littré y Maudsley, entre otros, refuta los ataques de Vázquez y Vega a la teoría de la evolución. "El método inductivo y la evolución —termina— están operando una regeneración en todos los ramos del saber humano, regeneración que tendrá los más benéficos resultados para el bienestar y la moralidad de las sociedades".

El segundo trabajo, titulado "El método en metafísica" contiene un análisis comparativo de los métodos propios de la ciencia y de la metafísica. Atribuye a ésta el método que le había asignado el espiritualismo ecléctico, que era, al apoyar la ontología en la psicología, el de la autocontemplación o introspección. "El valor de semejante método — afirma — descansa enteramente sobre el grado de confianza que se da a la conciencia como testigo de lo que pasa en el espíritu. No podemos admitir que esa base sea segura científica, por muchas razones". "Se me dirá — agrega — que hay algunos espiritualistas modernos que quieren reunir los dos métodos ayudándose del inductivo al lado del testimonio de la conciencia que, sin embargo, consideran como el más importante. A esto contestaré que ciertamente sólo la unión de los dos métodos puede dar resultados completos, como lo formulaba ya Bacon; pero debemos agregar que el método inductivo debe servir de base y que para eso se necesita un estudio profundo y concienzudo de la naturaleza; un estudio tal como lo poseen en general los sabios que se llama **materialistas**, y que no poseen nunca los metafísicos".

Preconizado por hombres de ciencia como Jurkowski y Arechavaleta, prestigiado desde el Rectorado, que ocupó más de una vez, por Vázquez Acevedo, y abrazado con decisión por un fuerte sector de la juventud, el positivismo llegó a dominar en la Universidad uruguaya en las dos últimas décadas del siglo. En los grandes centros europeos de donde procedía, no tardó en

estrar su insuficiencia, dando paso a un conjunto de corrientes que partiendo del, superaron los límites de doctrinario. También en nuestro país hubo a turno de ceder posiciones a dichas tendencias, que fueron por máximos intérpretes a principios del siglo a Rodó y Vaz Ferreira. Si el positivismo ortodoxo debió así pagar tributo al progreso incesante del espíritu humano, no por ello dejó de representar una etapa fundamental en la cultura de Occidente, legando al pensamiento ulterior un acervo del que se ha podido ni se podrá prescindir. Igualmente en el Uruguay protagonizó un papel decisivo de su proceso natural, sociológicamente el fecundo, aquí como en el de América, en la organización de nuestras democracias embrionarias.

Este período se halla significativamente incorporado el nombre de Julio Jurkowski. Un título más, con injusto reconocimiento hasta ahora recuperado y el homenaje al posterior.

ARTURO ARDAO